



Julián Marías o la claridad de la excelencia

Julián Marías or the clarity of excellence

■ Ignacio García de Leániz Caprile*

«Yo me declaro del linaje de esos que de lo oscuro a lo claro aspiran».
Johann W. von Goethe (1749-1832)

■ Hace ahora cien años que Julián Marías Aguilera (Valladolid, 1914 - Madrid, 2005) veía un 17 de junio por vez primera esa luz castellana tan velazqueña que inunda cielo y tierra de claridades, dejando impronta. Y creo que es un deber intelectual y moral celebrar su centenario por todo lo alto por un triple motivo: 1) Como acto de desagravio a quien se la negado en vida en este país de desdenes —como veremos— *el pan y la sal*, 2) como un acto de justicia por la grandeza de su persona y obra, y, no menos importante, 3) por su inmensa pertinencia en este gran atolladero de nuestro tiempo que es, al cabo, una crisis del pensar y obrar, de nuestro vivir y convivir en suma. Algo sobre lo que don Julián tiene mucho que decirnos por ser, tras Unamuno y Ortega, uno de los grandes «avisadores» nuestros y hacer del vivir humano el quicio de su pensamiento, anticipando los graves peligros de la «desaparición de lo humano» o, con palabras de su amigo C. S. Lewis (1898-1963), «la abolición del hombre», expresión que da título a un profético y lúcido opúsculo¹ de este ensayista norirlandés, cuya lectura nos recomendaría don Julián.

Si ha habido un defensor originalísimo de la noción de persona —tan amenaza y combatida— y *de lo mejor* que hay en nosotros en la última mitad del siglo xx en

* El autor es profesor de Recursos Humanos en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Alcalá y consultor de empresas.

Occidente, tal mérito le corresponde, según veremos, a nuestro escritor vallisoletano tan internacional. Y es que Julián Marías no compartía la visión desoladora del hombre, que goza de tanto favor y buena prensa —habría que preguntarse por qué razones—, lo que explica mucho de su silenciamiento. Al respecto escribió hablando de la *despersonalización* de nuestro tiempo:

«Por extraño que parezca, la idea de *persona* —una de las cuatro o cinco grandes creaciones intelectuales de la humanidad— tiene mala prensa, se la evita todo lo posible, se tiende a verter sobre ella connotaciones restringidísimas y poco atractivas, a vincularlas a movimientos o grupos confinados y sin porvenir.

Se evita la misma palabra y sus derivados mediante extraños rodeos y perífrasis»².

Como ante todo don Julián fue una grandísima persona y por eso vivió una vida *personalísima* —lo genuinamente personal es siempre original— conviene ceñirnos a tres estratos suyos que le definen y explican la fecundidad de su obra, a saber: su veracidad, su autenticidad y su liberalismo

1. La veracidad de Julián Marías

No se entiende nada de la vida privada y pública de Marías —ni de ninguno de sus escritos—, sin su precoz instalación en una actitud de *pretensión de verdad* que se ve confirmada y animada por su amistad y seguimiento de Ortega quien no aspiraba a otra cosa que ser un «modesto jefe de negociado en el Ministerio de la Verdad». Su pronta inclinación a la Filosofía, le hace ingresar en aquella irrepetible Facultad de la Universidad Central de Madrid, donde además del genial magisterio orteguiano se encuentra con figuras de la talla de Zubiri, Gaos, García Morente y Besteiro (entonces catedrático de Lógica) que le inducen, como la diosa en el *Poema* a Parménides, a dedicar la vida propia a indagar sobre aquello que sea lo verdadero, esté donde esté.

Quizá, para darnos cuenta cómo estamos, convendría comparar aquella vieja Facultad de Filosofía de la Central —una de las mejores de Europa en el primer tercio del siglo xx— con el páramo universitario actual y por ende, de nuestro pensamiento. Y preguntarse qué ha pasado y qué razones han llevado a la voladura de la universidad española. Pocas veces, si alguna, ha habido en nuestro país —y casi en Europa— una constelación de «decencia intelectual» de la talla con que se encontró nuestro pensador. Una generación que hacía suya aquellos sencillos versos de Machado de tanta hondura epistemológica:

*¿Tú verdad? no, la verdad;
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya guárdatela*³.

La veracidad para Marías se vivía en sentido doble: Por un lado en uno vital que



le lleva a vivir una «vida verdadera» repugnante de la mentira y que tuvo como consecuencia su *insobornabilidad* política y moral, que tanto coste le supuso. Valga como ejemplo de tal veracidad aquella promesa infantil que hizo con su hermano Adolfo de no mentir jamás, como nos cuenta en sus imprescindibles *Memorias*⁴. Y se jactaba, ya en el último recodo de la vida sin ser hombre vanidoso, de haber sido fiel a dicho compromiso de su infancia tardía. No creo que muchos podamos decir lo mismo.

Pero a esa veracidad personal se sigue otra intelectual que le lleva a sostener de por vida un *pensar alerta* como la forma más inteligente, honesta y generosa de instalarse en la vida individual y colectiva. Y eso le hace no transigir con la mentira y con las diversas ideologías y propagandas que la aventaban. Por eso, frente a la actual imposura ambiente, la vida de Marías se nos presenta como un «desprecio de la mentira», de su aceptación, ficción y falsos prestigios en aras precisamente de esa *pretensión de verdad* que tanto se echa ahora en falta.

Frente a una actitud tal, compare el lector las falsificaciones que han tomado plaza en la vida pública y privada en los últimos decenios y las consecuencias que ello ha tenido sobre el tejido político, socio-económico y moral de nuestro país. Y que explica, de paso, el *estado de error* en que vivimos fruto de ese «vivir contra la verdad»⁵. Me temo que el balance resulte desolador. Y no menos letal ha resultado para la pérdida de la veracidad la abdicación por parte de nuestra *intelligentsia* de su misión crítica acompañada de silencios muy culpables, cosa que ya había predicho nuestro escritor hace algunos años. Habría que preguntarse cómo se ha llegado a esta domesticación de la función intelectual y acudir al concepto de las «técnicas de envilecimiento» (*techniques d'aviissement*) de las que hablaba su gran amigo el pensador francés Gabriel Marcel (1889-1973), tan silenciado. Sospecho que su extensión a la esfera intelectual nos ha traído una sistemática *destrucción de lo valioso* venida desde arriba, en una histórica traición de las élites que explica nuestro menoscabo actual. Adviértase, por ejemplo, las consecuencias tan funestas que ha tenido en nuestro Sistema Financiero la implantación generalizada de la falsedad contable, una vez abandonado el concepto de verdad en su dimensión financiera.

Y baste como botón de muestra de su *plantar cara a la mentira* una de sus memorables «Terceras» del diario ABC al respecto, que escribió poco antes de morir:

«En la actualidad la mentira es demasiado frecuente y demasiado inquietante. No me refiero a los errores, que en principio se pueden aceptar, aunque por supuesto se pueden evitar, sino a la falsedad deliberada, buscada, difundida con grandes recursos, lo cual puede producir una intoxicación de la sociedad, una especie de septicemia que puede poner en peligro la salud colectiva. Se miente a sabiendas, como un programa, como un arma que es sin duda desleal y muy peligrosa. La enorme difusión y la eficacia de los medios de comunicación permiten que el cuerpo social quede contaminado por la mentira. Sería deseable que la evitaran los que acostumbran segregarla; deberían pensar que la mentira es dañosa también para el que la emite, que es víctima de ella y se condena al profundo descontento propio que engendra.

Cuando alguien miente deliberadamente es inevitable pensar que no se estima, que tiene profundo descontento de sí mismo o de lo que pretende representar. Pero en todo caso hay

que tener en cuenta la reacción de los demás, de los que quedan «expuestos» a la mentira. Me preocupa la general pasividad con que la mentira se acoge. Algunos, llevados por la fuerza de la propaganda, no la advierten, se podría decir que la aceptan; otros sienten cierto malestar, una impresión de que «no es eso», pero carecen de toda reacción propia. Esto hace que se produzca una amplísima impunidad de la mentira, que esta no tenga sanción ni remedio»⁶.

No nos extraña que, a juicio suyo, la Guerra Civil, que vivió intensamente como veremos, tuviese su origen principal en la «densidad de mentiras» que se fueron tejiendo en la sociedad española dando lugar a dos bandos irreductibles donde la primera gran víctima fue la verdad aniquilando la gran mayoría moderada de la sociedad española. Y es que la *falsificación* previa de la esfera pública fue condición necesaria para el estallido de la contienda y el fin de la concordia.

2. La autenticidad de Julián Marías

Cuando uno se adentra en los entresijos biográficos de nuestro autor y examina sus trayectorias y argumentos vitales, tiene la sensación de habérselas con una persona —y una vida— profundamente *auténticas*. Repárese cómo la misma palabra autenticidad entendida como verdad de la vida —y por tanto coherencia— ha caído en desuso sobre todos por aquellos que niegan a nuestras condición humana ser *alguien* y no *algo*. Desde su relación conyugal con Dolores Franco, tan honda y sin la cual no se entienden las trayectorias y fidelidades intelectuales de Marías, hasta su independencia política y lealtades constitucionales sin ventas ni alquileres se deben a esa autenticidad que nace de jugarse la vida a una carta, llevando y rindiendo cuentas de ella.

Para entender cabalmente la hondura de esa relación amorosa, recomiendo la lectura del capítulo XXX de sus *Memorias*, donde se narra la muerte de Lolita, *uxori dilectissimae* como le pone en la dedicatoria de su libro sobre Unamuno y la desolación que le produjo. Con ella mantuvo a lo largo de su vida esa «conversación interminable» de la que hablaba Schlegel, al alcance de tan pocos. Veamos, si no, un ejemplo de esta arriesgada autenticidad como fue su posicionamiento durante nuestra Guerra Civil.

Justo un mes antes de estallar la contienda don Julián obtiene la licenciatura en Filosofía. Cuenta a la sazón con solo veintiún años. Ante el Alzamiento, permanece fiel a la República pues a pesar de todos sus errores bien graves, constituye el *legítimo* orden legal. Y la legitimidad política era para él fuente de verdad, como buen liberal. Además, le faltaba al Levantamiento a su entender lo que los filósofos llamaban *razón suficiente*. Por eso, se encuentra nuestro autor entre los escasos pensadores españoles que han creído firmemente en que la Guerra Civil era evitable, frente al determinismo histórico que la hacía ineluctable. Perteneciendo así a aquella tercera España liberal que quiso salvar a la República de los que Unamuno llamaría «los hunos y los otros».

Por demás, no creo que haya mejor definición del desenlace de nuestra lucha fratricida que la que nos ha legado nuestro escritor: *Los justamente vencidos; los injustamente vencedores*.

Por eso, también, gustaba rectificar aquello de Cánovas de que «con la patria se está con razón y sin ella» para darnos a cambio un canon de *vivre civile* que nos hubiera ahorrado muchos males pasados y presentes: «Con la patria se está, pero no dándole la razón si no la tiene, sino procurando que vuelva a ella, a la razón, aun al precio de la vida propia, *no de la ajena*».

Alistado en el ejército de la República sirve en tareas de traducción merced a su dominio del francés, inglés y alemán, además de escribir en el ABC republicano. Pero lo más importante fue la colaboración con Julián Besteiro —uno de los socialistas más honrados y cabales que ha existido— en pro de la reconciliación a través del Consejo Nacional de Defensa, sabiendo ya la guerra perdida. De hecho, pocos pasajes de la literatura del siglo xx resultan tan conmovedores e indispensables de leer como aquel del Tomo I de sus *Memorias* en que un jovencísimo Marías se despide de Julián Besteiro entre los sótanos y su despacho del Ministerio de Hacienda durante el último día de la guerra. Y el principio de su calvario. (Por cierto, la lectura en el bachillerato de un texto como ese sí que contribuiría a una verdadera Educación para la Ciudadanía, aunque mucho me temo que de nada servirá la sugerencia.)

Y es que un íntimo amigo suyo, Carlos Alonso del Real, incoa una denuncia contra él plagada de falsedades, aunque su nombre nunca lo reveló nuestro pensador. Tuvo que ser su hijo Javier quien *motu proprio* lo diera a conocer junto con el de otros cómplices, en contra de la voluntad de su padre. De este modo, comenzó la persecución política y académica de nuestro maestro. Tras unos meses de cárcel en Madrid no lejos del fusilamiento, la intercesión de la familia de Ortega, Camilo José Cela y otros —y la honradez de ciertos miembros del Tribunal Militar— lograron su absolución.

En su biografía, Julián Marías nos cuenta a propósito del proceso sufrido:

«Durante este tiempo, Lolita se encontró con uno de los “testigos de cargo”, compañero de la Facultad, mayor que nosotros, a quien íbamos a ver a su casa durante la guerra y prestarle libros. Le dijo a Lolita. “Si Marías no vuelve a acordarse de que tiene una carrera, podrá vivir; en otro caso, lo hundiremos” [...] Lolita quedó indeciblemente deprimida. El promotor de todo aquello encontró otro día a un compañero de estudios y le dijo: “He metido en la cárcel a Marías y le van a salir treinta años”.

Lo más interesante fue lo que le sucedió a Salvador Lissarrague [Novoa (1910-1967)]; su padre, militar, había sido asesinado; mis denunciadores lo encontraron y le preguntaron: “¿Conoces la actuación de Marías durante la guerra?”. Dijo que sí, y lo citaron como testigo. Tenía, por su relación con Falange y la muerte de su padre, prestigio político; el juez lo recibió y escuchó. Hizo los más fervientes elogios de mí. El capitán jurídico se iba poniendo nervioso; al final no pudo más y le preguntó: “¿Usted sabe que ha sido testigo de cargo?”. Lisarrague contestó: “Yo creía que había sido citado para decir la verdad”. El juez se quedó sorprendido y empezó a preguntarle, si era cierto lo que decía, a qué respondían las encarnizadas denuncias. Lisarrague contestó concisamente: “Envidia”. No estoy seguro que la explicación fuese tan sencilla; pero su intervención cambió las cosas» (*Memorias*, 205-6).

Pero el resentimiento no conoce límites. Siendo la vocación primigenia de nuestro autor la enseñanza universitaria y Premio Extraordinario de carrera, presenta su tesis

doctoral en 1942 en su antigua Facultad de Filosofía madrileña, avalada por García-Morente y Zubiri, nada menos. Y por vez primera en la historia de la universidad española el Tribunal de Tesis la... ¡suspende!, con el único voto favorable de García-Morente. Fueron sus verdugos intelectuales Manuel Barbado, Juan F. Yela y Víctor García Hoz.

Don Julián Marías iba a quedarse sin cumplir su vocación más honda: La enseñanza universitaria. Pero no por ello renunciaría a su magisterio con la pluma y la palabra, asumiendo que sería así *un maestro sin cátedra*. Y lo más grave, es que todos nosotros —y la Universidad en primer término— perdimos la posibilidad de un magisterio suyo ordenado y sistemático para crear un semillero de un pensamiento continuo al que había inaugurado Ortega.

Sobre ello su amigo Emilio Lledó comentaba «la herida imperdonable» que le asestó la vida oficial española a Marías tras la contienda, lo que «le sumió en una soledad» de la que le rescató solo «su entusiasmo y su enorme energía»⁷. Sus prolongadas estancias como profesor invitado y conferenciante en universidades de EEUU y Suramérica paliaron en parte esta privación de la inteligencia. Y es que cuando una vida es auténtica —lo que implica fidelidad a una vocación, como es el caso— ya se arregla uno para encontrar el cómo vivir, tal y como anticipaba Nietzsche en su aforismo: «Quien tiene un porqué para vivir, ya hallará el cómo». Frente a ello, conllevó su sufrimiento de ser un español así —que fue mucho y continuado, aparte otros dolores más íntimos y desgarradores que enhebran los tres estadios fundamentales de su vida— con esa elegancia silenciosa propia de nuestra corte castellana, que tanto asombraba a los embajadores extranjeros y conmovía a Ortega. Julián Marías *no sabía quejarse*, porque tenía otras cosas más perentorias que hacer, fiel a la máxima de «estar a la cosas» incluso cuando el dolor nos secuestra de ellas. De ahí la extraordinaria fecundidad de su pensamiento y obra, tan citada como poco leída, como si pudiéramos permitirnos tales lujos en estos tiempos complejos. Y es que la fidelidad a su lema personal —*Por mí que no quede*— produce tales réditos.

3. El liberalismo político de Julián Marías

De su pasión por la verdad y autenticidad —como expresión última de la responsabilidad humana— dimana la posición liberal de nuestro autor, quien encuentra en Cervantes la raíz española de ese liberalismo español tan genuino como escaso en nuestros pagos. Por ello, una de las obras clave para entender la concepción política y vital de nuestro autor es su *Cervantes, clave española* (véase la selección bibliográfica que ofrezco al final). Pues siempre creyó que si la democracia no está inspirada por el liberalismo, por la llamada a la libertad, por su constante estímulo, pierde su justificación y acaba por convertirse en un mecanismo —más poderoso que otros— de opresión.

Por eso mismo, la Transición no se puede entender cabalmente sin su colaboración a través de la pluma y consejo intelectual. De hecho, su primera conversación con el

Rey había sido a raíz de una llamada regia el 5 de enero de 1977 con ocasión de un artículo suyo, según nos narra:

«Al cabo de unos instantes oí su voz que decía: “Don Julián, acabo de volver del Pirineo; he leído un artículo suyo que me ha gustado mucho y quiero felicitarlo”. Tuve un momento la impresión de algo inverosímil: que un Rey llamase por teléfono a un escritor para hablarle de un artículo [...] Cuando le dije que me alegraba de que el artículo no le hubiera parecido mal, reiteró su complacencia y me dijo que tenía “la mar de gana de hablar conmigo”» (*Memorias*, 641).

Y tal conversación fue el comienzo de una larga amistad y asesoramiento que pasa porque Marías acepte su designación como senador real en las Cortes del 22 de junio de 1977 con el extraordinario reto de pasar de la *legalidad a la legitimidad*.

Meses después se inicia su relación amistosa con Adolfo Suárez quien le llama a consulta en conversación sin desperdicio:

«Fui al palacio de la Moncloa, y tuve una larga conversación con el Presidente. Fue fácil, animada e interesante [...] Me pareció sumamente cordial, directo, y nada engreído, más bien modesto. “Yo soy un hombre normal —me dijo—; y tengo muchas lagunas”. “¿Y quién no? —le contesté—. Los que no las tienen, es que tienen el Mar Caspio”. Le hizo gracia y se echó a reír» (*Memorias*, 656).

En este contexto, hay que destacar el papel que jugó nuestro escritor en la elaboración y defensa de la Carta Magna. Así, cuando, en calidad de senador, el 5 de enero de 1978 recibe el primer borrador de Constitución, le parece literalmente «un desastre». Y a pesar de estar sin gana alguna de vivir por la reciente viudez, se recompone, saca lo mejor de sí y de su amor patrio y, fiel a su lema «Por mí que no quede», escribe un artículo publicado en *El País* y *La Vanguardia*⁸ que resultará fundamental en nuestra historia política. En él, sin que le duelan prendas —nunca le dolieron— hace un acto de demolición de aquel anteproyecto tan pésimo. Anota al respecto:

«Ese texto era el primer golpe serio al optimismo político que había sentido durante los dos últimos años. Temía que ese texto, con alguna modificación, se convirtiera en la Constitución de España, por la inercia de los partidos, la fuerza de los tópicos, y el poder que da tener en las manos una Comisión.

La gran renuncia era a la originalidad, a *pensar* sobre la realidad española y el camino que iba a emprender. Creo, decía, que ese proyecto «no tenía enmienda», que es mejor volver a empezar. “No importa —concluía— haber perdido seis meses. La vida es siempre *ensayo y error*”. Lo que importa es perder uno o dos siglos de nuestra historia futura» (*Memorias*, 659-60).

La conmoción que produjo fue considerable, tanto en la esfera política como civil. Y sobre todo invitó a algo imprescindible para la buena marcha de la vida pública: reflexionar y pararse a pensar en las consecuencias.

Esa misma mañana Suárez le convoca urgentemente a La Moncloa por la resonancia del artículo y le dice que había enviado ya copias a Felipe González y a cada miembro de la Comisión Constitucional. Marías le hace ver los peligros e implicaciones de aquel texto borrador, los cuales asimila atentamente el entonces Presidente. Pocas veces una entrevista afectó tanto y tan positivamente a los derroteros del nuevo Régimen.

Lo que le parecía intolerable a don Julián era que en todo el texto borrador no aparecía por ningún lado el nombre de «nación» aplicado a España. Y añadía:

«El anteproyecto de la Constitución recién elaborado arroja por la borda, sin pestañear, la denominación cinco veces centenaria de nuestro país. Me pregunto hasta dónde puede llegar la soberbia —o la inconsciencia— de un pequeño grupo de hombres que se atreven, por sí y ante sí, a romper la tradición política y el usos lingüístico de su pueblo, mantenido durante generaciones, a través de diversos regímenes y formas de gobierno»⁹.

La batalla de Marías a través de la pluma en los periódicos y la palabra en el Senado para incluirla fue tan intensa como fructífera, siguiendo la declaración quijotesca que tanto gustaba a Ortega: «Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible» (*Don Quijote*, II, XVII). No era hombre nuestro autor, a lo que se ve, que le gustara comulgar con ruedas de molino.

Finalmente se logra la inclusión al comienzo de su artículo 2 del concepto de España como nación, dando pie a una Carta Magna si no perfecta sí de consensos. Por todo eso, siempre he defendido que don Julián ha sido un verdadero «guardián de nuestra polis» como designaba Platón a aquellas minorías excelentes en *La República*.

Volviendo a nuestro presente, pienso que a la vista de cómo estamos, nuestro autor nos prevendría contra la *retracción de la libertad* observable de unos años a esta parte que tantos malestares y letargos explica, además de amenazar gravemente nuestra concordia. Nos vaticinó todo ello en una memorable «Tercera» de 1984¹⁰ cuando su fino oído ya detectaba cómo en nombre de una determinada ingeniería social se nos quería hacer ir a dónde seguramente no queríamos marchar.

Quien lea el texto en cuestión se quedará asombrado de la capacidad anticipatoria de nuestro pensador y de su vigencia. Es allí donde nos proponía un sencillo test para establecer nuestro *balance de libertad* basado en tres preguntas que conviene plantearnos para hacer el arqueo de nuestras libertades efectivas; es decir, de nuestro destino personal y colectivo: a) ¿Qué puedo hacer? b) ¿Qué no puedo hacer? c) ¿Qué me pueden hacer? Procure el lector darse respuesta, tras la inflación de restricciones y fiebres reglamentistas acaecidas en el último decenio, y saque las consecuencias. No digamos ya en Cataluña —que tan bien conocía y tanto estimaba— con un reciente *Estatut* que contiene nada menos que 273 artículos.

Ante ello nos propondría, sin duda, que cada uno de nosotros hiciera un ejercicio continuo de *su* libre albedrío —sin el cual es imposible esa creatividad que ahora se nos pide— además de solicitar una inyección de libertad y veracidad en nuestra democracia que se halla en estado morbosos. Para eso sería muy útil que cada uno adoptáramos en



Figura 2.—Julián Marías (1914-2005) en la década de los años 90
(cortesía de la familia Marías)

nuestra esfera de influencia —siempre mayor de la que pensamos— aquel lema vital suyo bien simple pero nada perezoso: *Por mí que no quede.*

4. Epílogo

En los días previos a su muerte en su casa de la calle Vallehermoso, sus nietas le leían en el original germano fragmentos de sus queridos poetas románticos alemanes. Muy probablemente se deslizaran aquellos versos de Goethe que tanto recordaba Ortega en sus paseos con nuestro pensador por el Retiro: *Yo me declaro del linaje de esos / que de lo oscuro a lo claro aspiran.* Y ciertamente que de sus luminosidades nos hemos beneficiado. Finalmente, murió un 15 de diciembre de 2005. Su entierro en *La*

Almudena fue una mañana bañada en luz del Guadarrama, esa que tanto le deleitaba como a su querido Machado y su maestro Ortega:

*Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
... Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.¹¹*

Poca gente acudió a su sepelio como haciendo bueno el dicho orteguiano de que la filosofía era en España cosa de *cuatro gatos*, y creo que me sobra alguno. Recuerdo que a mi lado, durante el responso de entrada, una joven periodista algo despistada preguntaba a una colega por la identidad del finado para cubrir su crónica, y que ésta respondió airada: «¡Es el padre de Javier Marías!». Así de ingrata podía ser la tierra que dejaba nuestro pensador y gran *iluminador* nuestro. Y sin embargo pocos la han querido tan honda, delicada, apasionadamente.

¿Y qué podemos hacer ahora con esta gran figura centenaria que tanto nos ha ayudado a un *vivire civile*? Como he escrito en otro lado, insisto en lo de siempre: leerlo y releerlo, poniendo distancia ante tanta algarabía y fraude intelectual al uso. Nos sorprendería la inmensa actualidad y luminosidad que tienen sus libros. Y cómo concitan nuestras mayores energías, ilusiones y vitalidades para ver de acabar con el actual «estado de error» e impostura en que nos hallamos. Por eso, es recomendable comenzar a leer a don Julián por su extraordinaria *España inteligible* (1985) para comprender cabalmente quiénes somos. Libro ciertamente imprescindible. Y por eso mismo bien silenciado. Porque para él la democracia era en el fondo «pretensión de verdad». Igual que la verdadera vida humana, tan amenazada. Justo lo que echamos en falta en este momento crítico de nuestra Historia. En nuestras manos está.



Selección bibliográfica de Julián Marías

De su ingente obra he procurado aquí extraer tanto las más idóneas para un público no necesariamente especializado en Filosofía, cuanto las más disponibles en el mercado editorial. Asimismo he creado un apartado final para médicos y demás personal sanitario con algunos ensayos del autor relacionados con la salud y la Medicina.

- Marías J. Historia de la filosofía (con un prólogo de X. Zubiri y epílogo, publicado póstumamente, de J. Ortega y Gasset). Madrid: Alianza Editorial, 2008.

- Marías J. Antropología metafísica. La estructura empírica de la vida humana. Madrid: Revista de Occidente, 1970.
- Marías J. La mujer en el siglo XX. Madrid: Alianza Editorial, 1980.
- Marías J. Breve tratado de la ilusión. Madrid: Alianza Editorial, 1984.
- Marías J. España inteligible. Razón histórica de las Españas. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Marías J. La mujer y su sombra. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- Marías J. Ser español. Barcelona: Planeta, 1987.
- Marías J. Una vida presente. Memorias. Madrid: Alianza Editorial, 1988–1989, 3 vols.: I (1914–1951), II (1951–1975), III (1975–1989).
- Marías J. La felicidad humana. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- Marías J. Cervantes, clave española. Madrid: Alianza Editorial, 1990 (reeditado en 2003).
- Marías J. La educación sentimental. Madrid: Alianza Editorial, 1992.
- Marías J. Mapa del mundo personal. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Marías J. El cine de Julián Marías. Escritos sobre cine (compilación de Fernando Alonso) Barcelona: Royal Books, 1994, 2 vols.
- Marías J. Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Marías J. España ante la historia y ante sí misma (1898–1936). Madrid: Espasa Calpe, 1996.
- Marías J. Tratado sobre la convivencia. Barcelona: Martínez Roca, 2000.
- Marías J. Breve tratado de la ilusión. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- Marías J. Una vida presente. Memorias. Madrid: Páginas de Espuma, 2008 (reed. en un solo volumen).
- Marías J. La Guerra Civil. ¿Cómo pudo ocurrir? Madrid: Fórcola, 2012.

Algunas lecturas sobre temas médicos

- Marías J. La justicia social y otras justicias. Madrid: Austral 1979. Véase Apartado III, *Cuestiones antropológicas* (pp.71-120), los ensayos:
 - El olvido de la muerte.
 - El corazón enfermo.
 - Cansancio de la vida como crisis de los proyectos.
 - Esperanza de la vida.
 - Una visión de la obesidad y de la delgadez.

Notas

1. Lewis CS. La abolición del hombre. Madrid: Encuentro, 2007.
2. Marías J. La justicia social y otras justicias. Madrid: Austral, 1979, p. 76.
3. «Proverbios y cantares», nº LXXXV.
4. Pocos libros hay más inteligentes para entender nuestro complejo siglo xx como las Memorias de don Julián, convertido en longevo testigo y protagonista de excepción, cuya lectura recomiendo vivamente por ser todo un libro-candil en estos tiempos oscuros.
5. Véase, García de Leániz I. Lo que la verdad esconde. El Mundo, 12-V-2011.
6. Marías J. La impunidad de la mentira. ABC, 22-XI-2001. El lector tiene a su disposición en la Hemeroteca Digital de ABC todos los artículos que escribió allí nuestro pensador.
7. Balcarcel JL. Julián Marías, In memoriam. Archipiélago, 2006;14(53):20.
8. Marías J. La gran renuncia. El País, 14-I-78, p. 7.
9. Marías J. Nación y «nacionalidades». El País, 15-I-1978, p. 7.
10. Marías J. La libertad en regresión. ABC, 16-XII-05 (fecha de su reedición).
11. Antonio Machado, poema «A don Francisco Giner de los Ríos».